

resultaron otras dos formas principales, la *cúfica* que empezó en el siglo III de la Egira; y la *neski* que está en uso actualmente (15); grababan los caracteres de la cúfica en huesos de carnero y de camello. Al pasar del alfabeto siriaco al cúfico, se confundieron muchas letras, y para diferenciarlas se introdujeron hacia el siglo IV de la Egira los puntos diacríticos (16).

Poesía.—La lengua de los árabes, animada, pintoresca, espresiva; su imaginación viva y fecunda, y el entusiasmo de las pasiones les arrastran á la poesía. Esta consiste en una mezcla de verso y de prosa armoniosa, á la cual su idioma rico y flexible presta rimas en abundancia: frecuentemente la prosa es más poética que el verso, y así aquella como éstos se encuentran echados á perder por juegos de ideas, cuyo objeto es más bien recrear el ánimo que conmover el corazón. Cuando se anunciaba un poeta era una fiesta para su tribu: sus amigos eran convidados á un alegre banquete, y la gloria de esta nueva adquisición se proclamaba al son de trompeta. Reuníanse luego en las ferias de Okad, en el país de la Meca, para disputarse allí el premio de la poesía, colgando sus composiciones escritas con letras de oro en la *Caaba*, donde se conservaban siete obras poéticas (*moallakas*), anteriores á Mahoma, que habían alcanzado el triunfo entre las iracundas y orgullosas composiciones de sus ingenios. Porque no es la poesía de los árabes una obra de arte como la nuestra, ni está animada por ficciones míticas como la de los griegos y la de los indios, sino que es la espresión espontánea de pasiones ardientes, de deseos impetuosos, desahogos de amor, arranques de venganza; parábolas, enigmas, sentencias, en un lenguaje figurado y de imágenes desarregladas; ni aun su politeísmo estaba poéticamente enaltecido ni ordenado científicamente.

Su más célebre poeta nacional es Antar, guerrero y pastor, quien copió al natural las costumbres de sus compatriotas, y cuyos cantos se encuentran todavía en boca de todos (17), aunque vivió hacia

(15) Se creía que el carácter neski no se había inventado hasta el año 1000; pero posteriormente se ha probado que se usaba simultáneamente con el cúfico en los primeros tiempos. Existe en la Biblioteca Real de París un Corán con una nota del año 181 (797) en caracteres neskis.

(16) No hallándose estos puntos en las inscripciones ni en las monedas es difícil descifrarlas: de aquí proviene la estraña diversidad de las esplicaciones dadas por los orientalistas.

(17) En los *Recuerdos de un viaje á Oriente*, de ALFONSO DE LAMARTINE, se encuentra la relación de Fátalia Sayeghir que viajó en compañía del piamontés Lascari, por orden de Napoleón; es uno de los relatos más curiosos de viaje que posee nuestro siglo; y sea ó no auténtico, allí se ve al árabe descrito completamente.

El poema de Antar es la poesía nacional del árabe errante; son los libros santos de su imaginación. ¡Cuántas

veces he visto á mis árabes agrupados por la tarde en redor de la lumbre de mi tienda, estirar el cuello, prestar el oído, dirigir sus miradas de fuego hacia uno de sus compañeros que les recitaba algunos pasajes de aquellas admirables poesías, mientras que elevándose una nube de humo de sus pipas, formaba encima de sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y nuestros caballos con la cabeza inclinada sobre ellos parecían también atentos á la voz monótona de sus amos! Me sentaba no lejos del círculo, y escuchaba también, aunque sin comprender, pero comprendía el sonido de la voz, los gestos de las fisonomías, el temblor de los oyentes; sabía qué era poesía, y me figuraba cuentos tiernos, dramáticos, maravillosos, que me recitaba á mí mismo. De esta manera es como al escuchar una música melodiosa ó apasionada, creo oír las palabras, y como la poesía de la lengua cantada me revela y dice la poesía de la lengua escrita. Añadiré que jamás he leído poesía comparable á la que oía en la lengua ininteligible para mí de los árabes. Siendo superior siempre la imaginación á la realidad, creía comprender la poesía primitiva y patriarcal del desierto; veía el camello, el caballo, la gacela: veía el oasis elevando sus copas de palmeras de un verde amarillento por encima de los inmensos montes de arena roja, el combate de los guerreros y las jóvenes bellezas árabes robadas y rescatadas de nuevo en la pelea y reconociendo á sus amantes en sus libertadores. LAMARTINE.

el siglo VI de nuestra era. La tradición hace de él un esclavo negro, quien consiguió por sus hazañas conquistar la libertad y la hermosa Abla á quien amaba. Canta sus aventuras con la verdad y el sentimiento de un hombre que habla de sí mismo, sujetándose á la realidad. Su obra ha sido refundida varias veces, y tal vez recibió la forma que tiene en el día en tiempo de Harun-al-Raschid.

Gobierno.—Un *chaique*, jefe de familia, ó un emir, jefe de tribu, gobiernan á los que dependen de él; pero su autoridad no llega hasta restringir la libertad personal, á castigar el crimen. Lejos de poder reprimir las enemistades privadas ó hereditarias, debe, por el contrario, asociarse á ellas. Limitase su misión á guiar á la tribu en las marchas ó contra el enemigo, á tratar de la paz ó de la guerra, á sugerir el modo de transigir las disputas. Aunque todo *chaique* sea generalmente elegido en la misma familia, puede ser depuesto siempre que se sepa que hay alguno de más edad que él, ó que le supere en valor ó en generosidad. Procuraron algunos adquirir más autoridad, haciéndose vasallos del shah de Persia ó de los césares de Constantinopla.

Acontecía á veces que varias tribus se reunían y entonces formaban un ejército, una nación, si su aglomeración se prolongaba. Las ciudades tenían formas de gobierno muy diferentes. Así, la Meca se regía por una especie de oligarquía, y seis magistrados hereditarios, después ocho, y en fin, diez, constituían un senado presidido por el de más edad. También algunas tenían reyes.

Religion.—Procedentes como los israelitas del femur de Abraham, tuvieron los árabes la misma religión que ellos, las mismas tradiciones y la cir-

uncision. Pero no habiendo sido refrenada en ellos la inclinación á la idolatría, como entre los hebreos, por las admoniciones de los profetas, se abandonaron á ella desde muy antiguo. Los sabeos, creían en un solo dios, pero al mismo tiempo adoraban los astros, ó las inteligencias que los dirigen. Procuraban perfeccionarse con la práctica de las cuatro virtudes intelectuales, para no sufrir los nueve mil siglos de suplicios reservados á los malos. Oraban tres veces al día; al salir el Sol con ocho adoraciones, prosternándose tres veces para cada una; al medio día y por la tarde con cinco adoraciones. Verificaban estas devociones con el rostro vuelto hacia el Mediodía, ó hacia el astro que veneraba (*Kebla*) cada tribu; estos eran, el Sol para los imiaritas, la Luna para los de Canenah, Mercurio, Júpiter ú otros cuerpos celestes para otras. Habían construido á los siete planetas otros tantos templos célebres. El de Beit-Gomdam, en Sanaa, capital del Yemen, estaba consagrado al planeta de Venus. Representaban sobre el talisman los signos del zodiaco y de las constelaciones. Estaban dedicados los días de la semana á los siete ángeles que presidían á los planetas.

Consideraban á aquellos ángeles como mediadores entre el hombre y el Ser supremo, al cual daban el nombre de *Allah Taala*. Se llaman las divinidades subalternas *al-Ilahat*. Oyendo estos nombres los griegos sin comprenderlos, y adaptándolos todos á su propio uso, dijeron que los árabes adoraban á Oralt y Alilat, que correspondían á Baco y á Urania (18). La ciudad de Haram, en la Mesopotamia, el templo de la Meca y las pirámides de Egipto, donde duermen Enoc y Sabi, autores de su religión, eran sagrados á sus ojos (19).

Otros practicaban una idolatría más tosca. Independientemente de la divinidad propia de cada tribu, todo padre de familia se creaba otras particulares y domésticas, como los dioses lares de los antiguos pueblos itálicos, que eran los primeros que se saludaban al entrar en la casa y los últimos á quienes se decía adiós al salir de ella. Otros veneraban piedras informes; superstición que procedía tal vez de la costumbre de los ismaelitas, que llevaban consigo cuando se alejaban de la Meca, alguna piedra del país natal. Esto es lo que hacían también los moros modernos, cuando la guerra santa les llamaba contra los cristianos, y tenían en las manos estas piedras mientras que recitaban sus oraciones.

Cuéntase que los Beni Hanifa formaron un dios de pasta, al cual se comieron después en una gran carestía que hubo. Probablemente en la Meca se

admitirían las divinidades de todas las tribus, para que de este modo se aumentase el concurso de los peregrinos, por lo cual se contaron allí hasta trescientos sesenta ídolos; numeroso calendario, que prueba la unión de la idolatría con el sabeísmo. Ni es extraño lo que afirma Azraki, á saber, que entre los ídolos de Meca había también una imagen de la Virgen con el niño en los brazos. Se introdujo el culto del fuego entre los árabes por los magos, con la doctrina de los dos principios. Pero todos los dogmas se alteraron entre ellos por las supersticiones feroces, que llegaron hasta inmolar niños, y á esponer ó dar muerte á doncellas en honor de los dioses.

Los primeros padres del género humano que habían visto en el Paraíso una casa, ante la cual se prosternaban los ángeles en adoración, quisieron imitarla sobre la tierra, y Abraham ó Ismael, construyeron en la Meca, con sujeción á su modelo, la *Kaaba*, ó habitación cuadrada, santuario de toda la Arabia. Conservábase allí la piedra negra, núcleo primitivo de la tierra, rubí brillante en otro tiempo, que al caer del cielo iluminó toda la Arabia con las claridades de la aurora (20). Se empañó y volvió negro á medida que los hombres se pervirtieron, para volver á aparecer brillante en el día del juicio. Iban los devotos todos los años en peregrinación á visitar esta casa, dando siete veces la vuelta con presurosa planta, besando otras siete la piedra negra, recorriendo otras tantas las montañas comarcanas, desde donde arrojaban piedras al valle de Mina. Terminábase la ceremonia con el sacrificio de camellos y carneros, cuya lana y cuernos eran enterrados en el suelo sagrado. Enviaban los reyes imiaritas una tela de lino de Egipto para cubrir la casa, como en el día el Gran Señor la envía de seda y oro.

Historia.—Se podría, aun en los tiempos de ignorancia, como los árabes llaman los anteriores á Mahoma, recoger si se quiere, toda la serie de antecesores de cada familia; pero por lo que respecta á una historia, no poseen ninguna cierta. Hemos visto con harta frecuencia lo mal que se adoptan al carácter oriental la exactitud de las fechas, la discusión crítica y el apoyo de los comentarios; piérdese la realidad en medio de los excesivos adornos accesorios; ni es posible distinguir, al través de la rosada niebla, la verdad de la fábula, los héroes de los dioses, los hechos de las hipótesis, los relatos del mito; y hay veces en que las formas de una crónica árida encubren la más caprichosa ficción.

Parece que los árabes salieron varias veces de su país para hacer no tan solo incursiones, sino también conquistas, sobre todo en Egipto; y los reyes pastores, cuya dominación sufrió el Nilo, parecen pertenecer á su raza. El fabuloso Sesostris

(18) HERODOTO, lib. III, 8.—ESTRABON, lib. XVI.—ARRIANO.

(19) Véase HERBELOT, POCOKE, HYDE, *De rel. vet. persar.* PRIDEAUX, *Connection of the history of old and new Testament.*

(20) Los aerolitos se veneraban también en Pafos, Hierápolis y Efeso.

elevó contra ellos una muralla de mil quinientos estadios, que se extendía de Pelusa á Heliópolis (21); se dice también que atravesó el golfo Árabe por Direa, es decir, por el estrecho de Bab-el-Mandeb, y se supone que se refieren á su invasión los edificios de estilo egipcio que se encuentran en la península. Proyectaba Alejandro someter los árabes, por ser los únicos que no le habían enviado tributo; pero la muerte le evitó quizá la vergüenza de un descalabro, y continuaron inquietando con sus escursiones el Egipto, la Persia y la Siria. Jamás extranjeros (si penetraron alguna vez) se establecieron en sus áridos desiertos; y no era posible avasallar una nación que trasladaba su patria acá y allá, sobre dromedarios y caballos, en los lugares en que estaba segura de no tener que sufrir lazos. Solamente algunas tribus, establecidas en los confines de las tierras cultivadas, pudieron proporcionar ocasión á los romanos de alabarse de haber subyugado á los árabes. Lúculo llevó hasta allí sus escursiones; Pompeyo tomó á Areta en la Arabia Petrea; Augusto envió el año 24 después de Jesucristo, á Galo á la cabeza de un buen cuerpo de tropas para someter la Arabia, pero sus proyectos se frustraron completamente. Palma, lugarteniente de Trajano, redujo á la obediencia un distrito de la frontera, que fué restituido poco tiempo después; de modo que hasta el orgullo latino confesaba que los árabes eran invencibles (22).

Los historiadores extranjeros nos enseñan poco más sobre lo que les concierne. Hacen mención sus tradiciones de Yoctan, quien habiéndose establecido en el Yemen, fué coronado allí con una guirnalda de frondosos mimbres. Engendró á Yarab, llamado el padre del Yemen, quien fué el primero que recibió esta salutación después tan en uso: *Aleja las maldiciones; y Yoram, que fundó el reino de Hedjaz. Conservóle su tribu hasta la llegada de Ismael, hijo de Abraham; fué entonces rechazada, pereciendo después en una inundación.*

De Yarab nació Yahsseb, llamado después Saba, héroe que empezó á hacer conquistas y empleó á sus prisioneros en construir la ciudad que llevó su nombre, así como los fuertes de la provincia de Mareb. Obtuvo los honores divinos é introdujo el culto de los astros. Imiar, su hijo mayor, dió su nombre á la dinastía de los Imiaritas. Tuvo por sucesor á su hermano Cahtan, cuyos hijos fueron destronados por Naman, apellidado Moacker. Tomaron sus descendientes el título de Tolba (*perteneciente*) y llevaron sus conquistas hasta las fronteras de la China, si no miente la vanidad. Pero es

(21) DIODORO DE SICILIA, I. Véase t. I, págs. 104 y 105.

(22) Horacio decía, I, 29: *Non ante devictis sabaë regibus. III, 23: Intactis Arabum thesauris.*

Y Propertio.

*India quin, Auguste, tuo dat colla triumpho,
Et domus intacte te tremit Arabia*

cierto que su dominación se prolongó más que la de ninguna otra familia, puesto que duró veinte siglos.

Para fecundar el Mareb, donde se elevaba Saba, se habían reunido en un lago artificial las aguas de los manantiales y de los terrenos comarcanos; pero habiendo cedido los diques, á pesar de su solidez estremada, se escaparon las aguas con violencia y talaron el país que antes habían hecho fecundo. Ocho tribus abandonaron la comarca atacada de esterilidad (23) y parte de ellas se establecieron en la Mesopotamia, donde tomaron su nombre de los jefes árabes las provincias de Diar-Bekr, Diar-Modar, Diar-Rabia. Fundaron los demás los dos reinos de Gassan y de Hira; el primero en la Siria Damascena, donde duró seis siglos bajo diferentes príncipes llamados por los griegos Aretas: el segundo en el Irak, donde no tuvo menor duración bajo el patrocinio del shah de Persia, de quien sus príncipes se habían reconocido vasallos.

Las tribus que permanecieron en el Yemen continuaron en la obediencia de sus antiguos príncipes. Consta que se refugiaron allí gran número de hebreos después de la destrucción de Jerusalem por Nabucodonosor, y otros, consumada ya su ruina por Tito, y también cuando los arrojó Aureliano de Palmira, en donde Zenobia les había dado asilo. Introdujose allí el cristianismo en tiempo de Valente, convirtiendo á él los monjes de la Siria á los sarracenos Gasanidas. Fué enviado Teófilo por orden de Constantino á predicar el Evangelio á los Imiaritas, aunque lo hizo siguiendo los errores de Arrio, de que abjuraron después.

Al-Numan, rey de Hira, llamado también Abu-Kabus, encontrándose ebrio cierto día, había hecho enterrar vivos á dos de sus amigos; arrepentido más tarde, construyó un monumento á la memoria de cada uno de ellos, y fijó dos días en el año, nefasto el uno y el otro feliz, sentando como regla inviolable que toda persona que compareciese ante su presencia durante el primero sería condenado á muerte y ejecutada sobre el sepulcro de sus víctimas, debiendo esperar que se le presentase en el segundo solo dones y mercedes.

(23) Designan los árabes este acontecimiento con el nombre de *Sail-elarim*, torrente de los diques. Dice el Corán en el capítulo XXXIV: «Los descendientes de Saba vieron en su habitación un signo de nuestra omnipotencia. A derecha é izquierda había dos jardines: *Alimentados, les fué dicho, con los dones de nuestro Señor, y dadle gracias...* Pero fueron rebeldes y enviamos el torrente de los diques. En vez de los dos jardines de que gozaban en un principio, les hemos dado otros dos que solo producen amargos frutos, tamarindos y algunos lotos.»

SACY (*Memorias sobre diferentes acontecimientos de la historia de los árabes antes de Mahoma*) supone que este dique fué construido por Lokman, hijo de Ad, y refiere su ruptura al año 210, ó á lo sumo, al año 170 de la era vulgar, á la par que Gosselin la colocaba en el año 374 antes de Jesucristo: Schultens en 30 ó 40 después de Jesucristo. Perron le señala la fecha de 553 antes de Mahoma.

Un árabe de la tribu de Taiy, que había acogido y auxiliado al rey en ocasión que éste se había extraviado en la caza, fué al palacio precisamente en el día nefasto. Dos leyes igualmente sagradas se hallaban en lucha entonces, el respeto á la hospitalidad y á la palabra real. Considerándose el príncipe más ligado á esta última, despidió á su huésped con ricos presentes, con la condición de que tenía que volver para sufrir la muerte en el siguiente año. Un cortesano, que por compasión se había ofrecido como fiador, garantizó su vuelta. Concluíase el año sin que el árabe se presentase, y el rey que veía con placer que de este modo salvaría la vida de su bienhechor, apresuraba el suplicio del que había respondido de su palabra. Pero antes de que el día fatal hubiese terminado, el árabe, que con grande esfuerzo se había arrancado del lado de su desconsolada familia, se presentó en cumplimiento de su promesa. Admirando el rey su generosidad, le preguntó por qué no había tratado de libertar su vida; y habiéndole respondido que su religión se lo prohibía, en atención á que seguía la ley de Cristo, quiso el rey conocerla; hizose instruir en ella, y fué bautizado con todos sus súbditos (24). De este modo se encontró el reino de Hira cristiano jacobita, llegando á ser un asilo para todos aquellos que eran perseguidos en otra parte. Dos obispos jacobitas de los árabes tenían sus sillas el uno en Akula, cerca de Bagdad y el otro en Hira, con el título de obispo de los árabes senitas de la tribu de Thalaab, los dos dependientes del maftian de Oriente.

Refieren asimismo que los judíos del Imiar provocaron á sus vecinos, los cristianos, á una discusión pública. Discutióse por espacio de tres días al aire libre en presencia del rey, de los grandes y del pueblo, hasta que los judíos, no teniendo otra razón que alegar dijeron: *Pues bien: si es cierto que vive Cristo y que puede oír las oraciones de sus adoradores, que se muestre y lo adoremos.* En aquel instante se oscurece el cielo, en medio de los relámpagos y del destrozo del rayo, aparece Cristo circundado de gloria y esclama: *Aquí tenéis á aquel á quien sacrificaron vuestros padres.* Dice y desaparece. Los cristianos se prosternaron repitiendo *Kyrie eleison*, permaneciendo los judíos ciegos hasta tanto que recibieron el bautismo (25). A pesar de esto, prevalecieron los judíos en el Imiar, persiguiendo Du-Navass á los cristianos,

(24) Al-Meidavi y Amhed Ebu-Jusef, en POCOKE, *Specimen*, p. 72.

(25) Tal es la relación de Gregencio (*Disput. cum Heribano Judæo*), obispo de Tefra (Dhafar), que defendía la causa del cristianismo. El mahometano Massudi nos proporciona otro milagro. Habiendo hecho Du-Navass encender una gran hoguera para precipitar en ella á los cristianos que no renegaban de su fé, una mujer que tenía en sus brazos á su hijo de pecho, se mostraba indecisa, cuando el mismo niño habló, recordándole un fuego mucho más temible. Confesó entonces la fé en voz alta y se arrojó con su cria á las llamas.

más bien por celo hacia aquella religión que por otro cualquier motivo. Refugiáronse en la Etiopia, en donde el negusc Elesbaas, no contento con acogerles con la mayor benevolencia, resolvió, instigado por el emperador Justino I, hacer la guerra en Arabia á Du-Navass, quien se vió obligado á arrojarse al mar. Cuatro príncipes etíopes dominaron entonces en el Yemen, hasta el momento en que el imiarita Seif consiguió (539), con ayuda de Cosroes Nuschirvan, arrojarlos del país. Habiéndole asesinado á su vez los partidarios de los etíopes, obedeció el Yemen á príncipes nombrados por el rey de Persia, y de los cuales el último, Bagan, se sometió á Mahoma.

Una de las tribus del Yemen, á quien hizo emigrar la inundación, fué guiada á la comarca de Acc por Amru-Ben-Amer, jefe de los calánidas: otra, la de los joctánidas, se detuvo en Jatreb: otra más fué llevada por Cozai á Bat-el-Mar, cerca de la Meca, y de allí provinieron los cozaitas. Pero el Hedjaz se hallaba bajo la dominación de los jomaritas, vástagos del tercer hijo de Joctan: gobernaban la Meca, custodiaban la Caaba y la fuente de Zemzem, empleo sagrado que daba una importancia política y lucro á causa de las peregrinaciones. Pero como maltrataban á los que se dirigían á la casa santa y se apropiaban sus donativos, suscitáronse disensiones entre ellos y los ismaelitas, que consiguieron espulsarlos y repelerlos al Yemen. Los cozaitas que habían prestado ayuda á los hijos de Ismael, se abrogaron la custodia de la Caaba (464) y la conservaron dos siglos y medio, hasta el momento en que Roxa, progenitor de Mahoma, la hizo pasar á la familia de los Coreisc, que era de su tribu, asegurándole de esta suerte la supremacía entre los árabes.

Habiendo querido introducir cada tribu sus ídolos en la Meca, se llegaron á contar hasta trescientos sesenta, número que concordaba con las ideas de los sabeos. Representaban hombres, gacelas, águilas, leones, y entre ellos ocupaba el primer lugar la efigie de Ebal, de ágata rojiza, con siete flechas sin plumas en la mano, símbolos adivinatorios. Abrah-el-Ascran, rey etíope del Yemen, declaró la guerra á este culto material (570); y puso asedio á la Meca; pero Abdol Motaleb que la custodiaba, se mantuvo en su puesto, repeliendo á los elefantes y á las tropas del enemigo. Habiéndose hecho proposiciones para entrar en acomodos, Abdol solicitó que se le devolvieran sus rebaños. ¿Por qué, preguntó Abrah asombrado, no imploras más bien mi clemencia respecto del templo amenazado? — Consiste, respondió el coreiscita, en que los rebaños son míos y en que la Caaba es de Dios, quien sabrá defenderla. Dios la defendió efectivamente, porque una bandada de pájaros lanzó una porción de guijarros contra los enemigos, que levantaron el sitio en desorden, llevando las señales en todo el cuerpo (26).

(26) ¿Aludirá esto á las viruelas?

No hallamos mejor medio de dar una idea de la civilización árabe de aquella época que introducir al lector al conocimiento de la moderna, que trasladar una conversación entre Cosroes Parvis y Numan, principillo árabe, que dominaba sobre las tribus orientales bajo la dependencia del rey de Persia y residía en Hira, á orillas del Éufrates (27). Numan encontró en la corte de Persia á los embajadores de Bizancio, de la India y de la China: como aquellos extranjeros ponderaban á porfía el poder de sus soberanos, el número de sus fortalezas, la extensión y la opulencia de sus ciudades, Numan se puso también á ensalzar á los árabes y á colocarlos sobre todos los pueblos del mundo sin esceptuar á los persas.

Sintióse ofendido el orgullo del emperador Cosroes y dijo al rey de Hira: «Numan, he tenido ocasión de comparar la condición civil y política de los árabes con la de los demás pueblos, de quienes recibo diputaciones anuales; y he encontrado entre los griegos una bella armonía, un poder político de los mejor organizados, muchas ciudades grandes y pequeñas, soberbios edificios, una ley (religiosa) que determina lo que es lícito é ilícito, reprime la insolencia é impone un freno á la temeridad. He encontrado que los indios poseían estas ventajas y muchas otras, un país bien regado, una vegetación magnífica, frutos exquisitos, perfumes, una gran población, una industria maravillosa, costumbres suaves, preceptos de alta sabiduría, métodos de cálculo muy exactos (28). He admirado entre los chinos la fuerza del lazo social, el número y perfección de las artes manuales, de las máquinas de guerra, obras de hierro. Además, en todos los pueblos encuentro un gobierno regular, en el que todos obedecen al rey: hasta los turcos, hasta los kazares, que á pesar de su pobreza, la esterilidad de sus campiñas, el pequeño número de sus fortalezas, la falta de los primeros bienes de la civilización, como son buenas casas y buenos vestidos, tienen un rey que los reúne en derredor suyo y vela por su conservación. Pero entre los árabes no encuentro una sola de estas excelentes cosas ni en lo espiritual, ni en lo temporal: no tienen fuerza ni estabilidad. Y lo que demuestra cuán inferiores son á las demás naciones, es su clase de vida, poco diferente de la de las bestias feroces y de la de las aves de rapina, con las cuales están en sociedad. Añádase á esto que degüellan en la cuna á sus hijos por no verlos padecer con el hambre; que viven en perpétua guerra de tribu á tribu, dándose muerte y robándose entre sí para tener que comer; que están privados de todos los gozes de

(27) Está sacada del *Kitab-Alicka*, del compilador Ebn-Abd-Rabbu de Córdoba, que se apoya en el célebre *raoi* Ebn-Alkalbiy, ó Abu'l Mundir Hischam.

(28) Se encuentra uno inclinado, según esto, á restituir á los indios los descubrimientos matemáticos que se atribuyen á los árabes.

la vida, sin conocer vestiduras ricas, sin cocina delicada, ni buenos vinos, ni diversiones. Los que entre ellos hacen alarde de delicadeza y se entregan á los placeres de la mesa, encuentran esquisita la carne de camello, la que sin embargo es pesada y deja un sabor desagradable que produce náuseas. Si algún beduino ha acogido á un extranjero bajo su tienda y le ha ofrecido una bagatela, se habla de ello en todo el desierto como de un gran acontecimiento. Alaban en alta voz los poetas su hospitalidad, y su tribu está henchida de orgullo. Tales son los árabes, Numan: escepio no obstante la familia de los Tankidas (29), á los cuales mi abuelo (30) aseguró la autoridad, libertándoles de sus enemigos, y cuyo país ofrece algunos monumentos, fortalezas, ciudades florecientes; en fin, alguna cosa que se asemeje á obras humanas. Pero vosotros, pobres beduinos, raza desgraciada, hubiera creído que la conciencia de vuestra miseria os impediría contaros entre los que gozan de bienes que os son desconocidos. Por el contrario, os enorgulleceis, os alabais, pretendéis la preeminencia; esto es intolerable.»

Numan respondió: «¡Dios aumente la prosperidad de tu imperio! Existe en la tierra una nación á quien su brillante fortuna eleva más allá de toda comparación, y tú la gobiernas; pero dejándola fuera puedo refutar todas las acusaciones del rey, y creo poder demostrar la superioridad de los árabes, sin contradecir y desmentir las palabras reales. Asegúrame que nada tendré que temer de tu cólera y yo te convenceré.»

—«Habla, dijo Cosroes, nada tienes que temer.»

Numan repuso entonces: «Por lo que hace á tu pueblo ¿quién puede negarle la supremacía? Posee los dones de la inteligencia, un vasto territorio, una grandeza política que nadie disputa y el favor insigne de vivir bajo tus leyes y las de tus abuelos. Pero después de él no veo otro que en comparación de los árabes no se halle vencido...»

—«¿Vencido? ¿Y en qué? exclamó Cosroes.»

«En independencia, hermosa, nobleza, generosidad, poesías y proverbios, fuerza y penetración de espíritu, desprecio de toda cosa terrenal, horror á todo yugo, probidad, fidelidad á las promesas. Libres como el aire, se mantienen los árabes desde remotos siglos, huéspedes y amigos de Cosroes, de aquellos grandes reyes que conquistaron tantas provincias, redujeron á tantos pueblos á la esclavitud, guiaron tantos ejércitos á la victoria y fundaron un tan vasto imperio. Tuvieron que alabarse aquellos ilustres monarcas de la amistad de los árabes, y no cesaron de honrarles á fin de que na-

(29) La familia Imiriata, que gobernaba el Yemen al principio del islamismo...

(30) Cosroes el Grande ayudó á Seif, hijo de Du-Yazan, á vencer al usurpador etiope. Pero, según Abu'l Fedá, solamente le proporcionó algunos centenares de malhechores sacados de las prisiones.

die se atreviese á atentar á su independencia. Sus caballos son sus fortalezas, la tierra su lecho, el cielo su techumbre, sus alfanges sus baluartes, su constancia sus máquinas de guerra; muy diferentes de otros pueblos, cuya fuerza y defensa consisten en montones de piedras y tierra, en torres y fosos. Basta enseguida verlos para preferir su persona á la de los indios cobrizos, de los chinos deformes y famélicos, de los turcos repugnantes, de los griegos encarnados como si estuvieran desollados. Su genealogía y el caso que hacen de ella bastaría para distinguirlos de las demás naciones. No encontrarás fuera de la Arabia un pueblo que no haya olvidado una gran parte de su origen, hasta el punto de que si tú pidieras á cualquier otro que á un árabe el nombre de su bisabuelo y aun de su abuelo, no lo sabría. Por el contrario, entre nosotros, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres, hasta la vigésima generación, sin omitir un grado. Así conservan los árabes la memoria de lo pasado y de las parentelas; nadie entre los beduinos puede alegar ser de otra familia que de la suya, ni decirse nacido de otro que de su padre.

«La generosidad es una virtud árabe, sobre todo en la hospitalidad: si el pobre beduino que posee por todo recurso una camella y su pequeñuelo, recibe de improviso un viajero sorprendido por la noche, al cual bastaría una gota de leche para humedecer sus labios, no titubea en sacrificarle su camella, y consiente en perder todo su haber para adquirir la reputación de hombre generoso y hospitalario. Su lengua, su literatura, sus máximas filosóficas, y todo lo que se refiere á ello, es el más bello don que el cielo haya hecho á la tierra. La poesía árabe es armoniosa, variada, sonora; sus rimas, perfección de lenguaje métrico, es lo que hay más dulce al oído. Añádase á esto el talento del poeta y de los oyentes, que todos poseen conocimientos prácticos, saben decir á tiempo un proverbio, brillan en las descripciones y tienen á su disposición palabras que en vano se buscarían en otra parte. Nadie disputa en contra de que sus caballos son los primeros del mundo; sus mujeres las más castas, sus vestidos los más airosos que pueden imaginarse; tienen minas de plata y oro, las piedras de sus montañas son ónices; su cabalgadura es el dromedario, la mejor de todas, la única en la cual se puede atravesar el desierto.

«Por lo que respecta á la religión y las leyes que se derivan de ella, les prestan una obediencia absoluta. Tienen meses sagrados, una tierra santa, una casa á donde van en peregrinación; celebran los misterios é inmolan víctimas. Si un árabe encuentra allí al asesino de su padre ó de su hermano, por fácil que le sea castigarle, no lo hará, porque el honor y la religión prohíben la venganza en el territorio sagrado. Basta decir, por lo que respecta á su lealtad, que se mantienen unidos por una mirada, por un gesto, cuyo significado sea conocido; hasta tal punto, que la obligación contrai-

da por aquel gesto no cesa sino con la vida. El árabe que quiere pedir prestado, cogerá una rama donde se encuentra, la dará á su prestamista, y éste no exigirá mayor garantía, sabiendo que aquella rama tiene tanto valor como una obligación firmada ante testigos. Si un hombre del desierto sabe que alguno, después de haber reclamado su protección ha sucumbido á los golpes de un enemigo, lejos del protector á que había invocado, se considera como obligado á perseguir al asesino hasta el estermínio de la tribu del ofensor ó del vengador. Un homicida, un hombre perseguido por el odio ó por la justicia, llega á refugiarse cerca de una familia con la que no le une ningún lazo de parentesco y á la que ni aun siquiera conoce, es acogido allí; y desde este momento, la vida del refugiado es más preciosa para aquella familia que la de sus miembros.

«Nos haces cargo de dar muerte á los hijos por no verlos padecer de hambre; pero reflexiona que solo las doncellas están espuestas á perecer de muerte violenta, sea por temor de que creciendo la que acaba de nacer llegue á ser oprobio de su familia, ya por un exceso de celos y pudor que es frecuente entre los árabes. El padre que casa á su hija, se cree deshonrado si la entrega á un extraño capaz de maltratarla.

«Has censurado, oh rey, que los árabes encuentren exquisita la carne de camello, pero al paso que tú la juzgas grosera, casi todos los beduinos rechazan las demás como inferiores á ésta; en una palabra, desprecian lo que vosotros estimáis. El camello es para ellos una cabalgadura y un alimento, por que les proporciona la más delicada leche que se conoce, y una carne abundante, succulenta, gorda, tierna y saludable, superior en suma á las demás bajo todo concepto.

«Las guerras intestinas, las incursiones de tribu á tribu son la vida natural de los árabes, y las prefieren á un gobierno regular que les obligara á prestar obediencia á reyes. Otras sociedades confiesan su propia debilidad sometiendo á uno solo. En efecto, conferir á manos ajenas el poder supremo, es reconocerse incapaz de gobernar por sí propio, de hacerse respetar en lo interior y entre los extranjeros. El temor de una gran invasión determina á una nación á tomar por jefe á un grande, es decir, á uno de los más capaces y de los más considerados. Administra justicia, manda los ejércitos, y eleva á los nobles á mayor altura que á los demás, ó mejor dicho, es el único del reino que posee dignidad y nobleza. En la sociedad árabe las virtudes regias son muy comunes; generosidad, rectitud, magnanimidad, valor, son tan vulgares entre sus miembros, que todos se llaman reyes. Nadie consiente en pagar tributo á quien quiera que sea, y horroriza la idea de una sumisión que tenga punto de semejanza con la esclavitud.

«Has hecho escepcion en favor del Yemen ¡oh Cosroes! Tu abuelo y tu padre supieron lo que

vale un rey de Imiar, y el rey de Imiar sabe lo que valen los árabes del desierto. Cuando el rey de Imiar vencido por el etiope y espulsado de su reino llegó á pedir ayuda á tu abuelo, le pareció cosa tan miserable al gran Nuschirvan, que no se dignó tomar las armas en su favor. Dirigióse, pues, á sus vecinos del desierto, que venturosamente correspondieron á sus esperanzas. Así, si no hubiera hallado entre ellos hombres que supieran herir con la lanza y acribillar de dardos á los *abhrar* y estrechar de cerca á los *kuffar*, jamás hubiera vuelto á ver su país.»

Cosroes admiró la elocuencia de Numan, y al despedirle le regaló un traje completo de su guardaropa (31).

(31) Este relato fué traducido en 1839 por Fulgencio Fresnel, que visitó aquella península, observando especialmente las costumbres y tradiciones que puedan servir de comentario á las de la antigüedad. Todavía se habla la lengua de los imiaritas en Mirbat y en Zafar, con gran número de vocablos hebreos: igualmente se han conservado una porción de tradiciones patriarcales. Son completamente distintos los moradores de la ciudad, del campo y del desierto. Los primeros son, como en todas partes, comerciantes, propietarios, artesanos, legistas. Los del campo están reunidos en aldeas y se dedican al cultivo. Los del desierto viven en un todo separados de los demás, siempre libres de dominación extranjera como en otro tiempo los naturales del Assir, país montuoso entre el Hedjaz, el Tiama y el Yemen propiamente dicho. Miran los árabes y los turcos como una de las más difíciles empresas someter á aquellos suizos de la Arabia, á quienes el fervor del islam no indujo á llevar lejos su religión y sus armas. Hacia el Djezan, la circuncisión es una operación atroz, porque se desuella

No queremos dar á esta amplificación más importancia que á aquellas con que los historiadores clásicos han engalanado sus narraciones; pero á semejanza de estas últimas nos revela las costumbres y las opiniones del tiempo: es de tanta más estimación por cuanto tiene doce siglos de fecha y está comprobada con lo que pasa en la sociedad moderna. En efecto, los árabes se adhieren en extremo á sus usos, como todos los pueblos orientales, y continúan su antiguo género de vida (salvo el infanticidio) en las comarcas donde no han penetrado los turcos: especialmente los anazes al Norte de la península y los jafes, soberanos del Adramot, últimos representantes de la independencia ismaelita.

toda la parte cuando el hombre es ya adulto, y en presencia de su novia, que le rechazaría si lanzara un gemido. Estos montañeses detestan á los turcos, y no desperdician ocasión de arrojarle hacia el Mediodía sobre el Yemen, y al Norte sobre el Haram sagrado. El Yemen está repartido entre muchos chaiques, y sus moradores, lejos de aborrecer á los extranjeros, no desean en su molición más que depender de un gobierno bastante fuerte para protegerlos. En su consecuencia el bajá de Egipto mantiene fácilmente en sumisión á las opulentas ciudades del Yemen, á la par que no hace la guerra á las pobres aldeas del Assir más que para asegurar el paso de las caravanas. También eluden su dominación los vahabitas orientales que moran entre Medina y el Nedjid. Esta población, que une la vida del beduino á la del agricultor, posee los mejores caballos y camellos sin número, con los cuales huye al desierto cuando el virey pretende reclutar gente para sus ejércitos. Véase el *Boletín de la Sociedad de geografía*, mayo y junio, 1839.

CAPÍTULO II

MAHOMA.

Habia en la tribu de los coreichitas, descendiente de Ismael, hijo de Abraham, y una de las principales entre los árabes, como ya hemos dicho, porque estaba encargada de la custodia de la Kaaba, una familia ilustre, la de Haschem, que durante una gran carestía había empleado sus riquezas, ganadas en el comercio, en mantener á los habitantes de la Meca. Abdol-Motalleb, su hijo, defendió la ciudad en una ocasión en que fué invadida por los abisinios. Vivió ciento veinte años, y engendró seis hijas y doce hijos, entre los cuales era objeto de su predilección Abdalá: éste debía ser inmolado á consecuencia de un imprudente voto hecho á los dioses de la patria; pero Abdol rescató su vida al precio de cien camellos. Este era el más gallardo entre los hijos de Ismael, y cuando se casó con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, se murieron de celos doscientas doncellas.

En la solemnidad con que se celebra el nacimiento de un hijo varón, quiso el abuelo que se diera al recién nacido, único fruto de este enlace, no un nombre usual en la familia, sino el de Mahoma (1), en la confianza de que Dios había de

glorificarle. A los dos meses perdió este niño á su padre, y á su madre á los seis años, y quedó sin más herencia que cinco camellos, una esclava negra y la protección de Abdol-Motalleb. Este le recomendó al morir á Abu-Taleb, su hijo, que vino á ser jefe de los coreichitas y el primero de la Meca. Le dedicó al comercio, y á la edad de doce años le llevó consigo á Siria. Allí, en un monasterio de Bosra, un monje nestoriano, llamado Bahira ó Sergio les acogió cortesmente, asombrado de las respuestas sensatas, de las espresiones precisas y de la sinceridad del joven; le predijo un porvenir glorioso, é invitó á su tío á que le preservara de las asechanzas de los judíos (2).

BOULANVILLIERS.—*id.* Londres, 1730.

J. GAGNIER.—*id.* Amsterdam, 1732. La primera es una diatriba; la segunda un panegírico; la tercera es la mejor de todas.

SAVARI.—*Compendio de la vida de Mahoma*, París, 1783. OELSNER, *Mahoma*, Memoria coronada por el Instituto de Francia en 1809.

BREQUIGNY, *Disertacion sobre la fundacion de la religion de Mahoma y de su reinado*. Memoria de la Academia de las Inscripciones, tom. XXXII.

SILV. DE SACY, *Vida de Mahoma en la Biografía universal*.

RAMPOLDI.—*An. musulmanes*, Milan, 1822.

MILL, *History of Mohammedanism*.

W. C. TAYLOR.—*The history of Mohammedanism and its sects, described chiefly from oriental sources*. Londres, 1834. Considera el islamismo como una mezcla de las doctrinas hebraicas y cristianas.

HAMMER-PURGSTALL, *Gemäldeaal der Lebensbeschreibungen grosser moslimischer Herrscher der ersten sieben Fahr der Hidseyret*.

A. SPRENGER.—*Das Leben und die Lehre des Moham-med: nach bisher grösstentheils unbenutzten Quellen bearbeitet*. Berlin, 1861.

(2) Cuéntase que este Sergio fué el principal autor del

(1) Mahamad, alabado, glorificado: tuvo por sobrenombre *Abul Cassem*. No se sabe á punto fijo la fecha de su nacimiento, que se supone de 570 á 578. Los almanques musulmanes la fijan el día 12 del mes Rabie primero.

No poseemos una sola vida de Mahoma escrita por contemporáneos. El mejor de sus biógrafos, ABUL FEDA.—*De vita et rebus gestis Mohamedis*, ed. Reiske. Copenhague, 1789 vivía en el siglo XIV. La más segura fuente es el Coran, aunque también algunos doctores han puesto en duda su autoridad.

Véanse EL MACIN (EL MAKHIN).—*Historia saracénica arabice et latine*, edic. Erpenio. Leida, 1625.

PRIDEAUX.—*Lite of Mahomet*. Londres, 1697.